



La vida, que para cualquier funcionario pudiera resultar tranquila en una población como Jadraque, entonces rondando los 2.000 habitantes, la ideó nuestro personaje de una manera muy distinta. Se empeñó en hacer cosas. Muchas cosas. Todas las cosas del mundo, a ser posible.

Es de suponer que Jadraque le impresionó, aunque ya lo conociese. Como le impresionaron las ruinas de aquél imponente castillo que roído por la miseria, se desplomaba día a día. A tanto llegó ese empeño por devolver a Jadraque un poco de su esplendor pasado que, una y otra vez, insistió en la reconstrucción del castillo. Fue el primer personaje de los que tenemos memoria que se interesó en ello. Una curiosa carta, fechada en Jadraque el 23 de noviembre de 1881, hoy conservada en el Archivo de los Duques de Osuna, firmada por don Eduardo, instruye al entonces propietario, el duque don Marianito, de cómo había de llevarse a cabo la reconstrucción, recomendándole incluso el lugar del que podían acarrear las piedras necesarias con el menor coste. Evidentemente, el duque, en los revoltijos de su ruina, no estaba para gastos extras.

Eran años, los de los ochenta del siglo XIX, en los que una serie de intelectuales con avanzadas ideas para la época, ocupaban cargos de responsabilidad en la Serranía de Atienza, y por supuesto que a Eduardo no le costaría ningún trabajo entrar a formar parte del grupo de Jorge de la Guardia, médico en Miedes, o de Bruno Pascual Ruilópez, abogado en Atienza.

Aunque eso será tras el paso del látigo del cólera por Jadraque, cuando en 1885 la población se vio sacudida por la epidemia y Eduardo, echando mano de sus conocimientos médicos, trabajó de forma incansable junto a su padre y con Félix Layna Brihuega, el padre de nuestro historiador, por toda la comarca. Don Félix, que dejó un hijo en el cementerio de la localidad, a punto estuvo de dejarse también la vida.